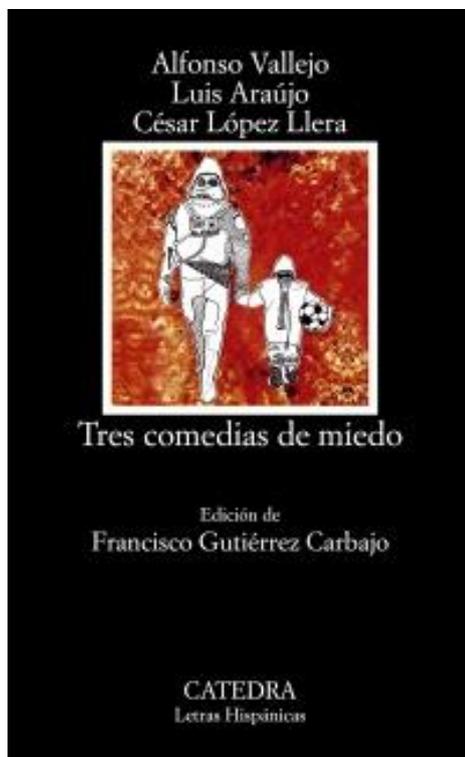


Tres comedias de miedo (Panic, No perdáis este tren y Bagdad, ciudad del miedo), de Alfonso Vallejo, Luis Araújo y César López Llera
Edición de Francisco Gutiérrez Carbajo

Ana Prieto Nadal
SELITEN@T (UNED)
apriet22@gmail.com



VALLEJO, Alfonso; ARAÚJO, Luis y LÓPEZ LLERA, César, *Tres comedias de miedo (Panic, No perdáis este tren y Bagdad, ciudad del miedo)*, Edición de Francisco Gutiérrez Carbajo, Madrid, Cátedra, 2016, 376 pp. ISBN: 978-84-376-3505-7.

Francisco Gutiérrez Carbajo, Catedrático de Literatura en la UNED, define el miedo desde ámbitos como la filosofía y la neurología, y aclara que las tres obras reunidas en este volumen —*Panic*, de Alfonso Vallejo; *No perdáis este tren*, de Luis Araújo, y *Bagdad, ciudad del miedo*, de César López Llera— enfocan este sentimiento universal y transversal desde un punto de vista esencialmente político y en tanto que mecanismo de control social. La exhaustiva y erudita introducción de Gutiérrez Carbajo, en pos de

una contextualización y una interpretación que ilumine las obras presentadas, no solo recorre la historia de la filosofía —Maquiavelo, Hobbes, Locke, Rousseau, Schopenhauer, etc.— sino también y sobre todo la historia del teatro, desde la catarsis aristotélica hasta el teatro del romanticismo y mostraciones más contemporáneas como el teatro pánico de Fernando Arrabal o las propuestas de Rodrigo García y José Manuel Corredoira, entre otros. Todo ello pasando por el barroco, el género gótico y el teatro policíaco, así como por la «tanatología teatral» de Antonin Artaud, Jean Genet, Tadeusz Kantor, Heiner Müller o Jan Fabre.

Neurólogo clínico, poeta, pintor, dramaturgo y científico, Alfonso Vallejo (Santander, 1943) es un autor renovador y rupturista, superador del realismo y considerado por parte de la crítica como un autor-isla. Vallejo, para quien el teatro es susceptible de adquirir una dimensión terapéutica, opta siempre por un espectáculo abierto, poliédrico y cambiante, capaz de sustentar una diversidad de voces y una multiplicidad de estados de conciencia que están en relación con sus investigaciones científico-filosóficas. *Panic*, que en palabras de Gutiérrez Carbajo consigue «una anarquía milimétrica, un caos de alta precisión» (p. 67), permite el acceso a distintas dimensiones y estados de conciencia de un hombre que resultó herido en el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York y ahora se halla en una unidad de cuidados intensivos. Se trata del director de la Cárcel del Estado, James o Rex, que, en el desdoblamiento que produce su alucinación, revive o recrea su miedo ante un personaje llamado Fati —apelativo procedente del adjetivo «fatídico»—, que trabaja como empleado de prisiones y se presenta como un fanático partidario de la astucia y la inteligencia radical y mortífera. Hay dos James, el moribundo en su cama de hospital, y su alter ego Rex, que protagoniza las situaciones elucubradas por un yo disgregado. Además de Fati, interactúan con él Greta, su terrorífica esposa, y Nina, enfermera a la vez que reclusa y amante. Como en otras piezas de Vallejo, los personajes, plurívocos y polifónicos, alternan en sus diálogos lo risible e incongruente con cierto aliento lírico. El lenguaje busca subvertir



la lógica a través de la liberación del subconsciente, y muestra así diversas formas, más ficcionales que reales, de vivir y de pensarse; estos distintos niveles de realidad e irrealidad incluyen morfina, alucinaciones y desdoblamientos, así como referencias metateatrales. La pieza entera adquiere una textura pesadillesca donde prolifera la violencia: fantasías de uxoricidio, mujeres que destripan perros, terroristas disfrazados de confesores, etc. Con todo, en este teatro convertido en laboratorio o campo de pruebas, se impone, más allá del pánico y el horror, una implacable lucha por la supervivencia.

Luis Araújo (Madrid, 1956), dramaturgo, actor, director y guionista, practica un teatro comprometido, con estrategias y tesis brechtianas y una cierta vocación de disidencia. La obra *No perdáis este tren* es una adaptación de la novela *La madre* (1907) de Máximo Gorki, y en ella la protagonista absoluta es Pelagia, una mujer que aprendió de su hijo la capacidad de lucha y de oposición, y que decidió pasar del fatalismo de su vida anterior, de la sumisión rutinaria y temerosa, a la revolución. El resto de personajes —el hijo, el marido, los compañeros de lucha— son meramente aludidos. El monólogo es una suerte de epílogo de su vida, a la vez que un prólogo a la punición inminente. La adaptación de Araújo plantea una única escena: en una estación de tren, Pelagia, acechada por dos policías, custodia una maleta llena de octavillas, periódicos y pasquines. La obra entera constituye una retrospectiva en que se plantean los asuntos fundamentales de la novela de Gorki y las adaptaciones de Bertolt Brecht y de Max Aub: «la verdad, el miedo, la vigilancia, la actividad revolucionaria, la educación» (p. 99). En su monólogo, Pelagia rememora las palizas de su marido y lo que era la vida antes, cuando nadie soñaba con cambiar nada. Su hijo Pavel y los amigos de este, jóvenes valientes que jamás expresaban dolor, incertidumbre o abatimiento, y que iban a la cárcel con una sonrisa en los labios, han sido sus referentes: «¡No hay que dejar solos a los jóvenes! Su audacia es más sensata que nuestra prudencia» (p. 220). Ellos soñaban con el triunfo de la justicia, y



Pelagia se entregó a su causa. Una vez depuesto el miedo, la madre se encamina sin titubeos hacia su destino.

César López Llera (Madrid, 1963), dramaturgo, profesor y periodista, se ha caracterizado siempre por su compromiso político y social. *Bagdad, ciudad del miedo (Tragedia preventiva)* —que obtuvo en 2009 el Premio Lope de Vega y fue reescrita especialmente para este volumen— se sitúa inicialmente en Estados Unidos, con banderas tricolores e imágenes de las Torres Gemelas en llamas: «Nuevo milenio en la aldea global y la sociedad de la información. Zona cero de la ciudad neocapitalista de Nueva York, abrasada por el integrista islámico» (p. 233). George W. Bush lee la Biblia y conversa con el fantasma de Abraham Lincoln, que no consigue disuadirlo del ataque a Irak. En el cuadro tercero, imágenes de Google Earth se suceden a ritmo vertiginoso y funcionan como mecanismo de transición que nos conducirá a otro escenario, Bagdad, y más concretamente a la casa de una familia de clase media. Después de que Bush declare la «guerra preventiva», se irán alternando dos puntos de vista: el de la familia de Samira y sus padres, y el de tres militares americanos en Bagdad. Al final, ambas tramas convergerán y se trenzarán en alianzas interesadas, delaciones y asesinatos. La familia iraquí ve recortada su libertad y amenazada su integridad física, y empieza a reproducir el conflicto en casa: el Padre reniega de sus antiguas costumbres liberales y denigra los valores occidentales que anteponen los intereses individuales a los de la comunidad; la Madre se lamenta de que «Tras vivir bajo la opresión de un tirano, nos toca sobrevivir bajo el terror de muchos» (p. 265), y Samira sueña con poder quitarse el hiyab y volver a hacer teatro. Por otra parte, en la base americana, una Cabo de origen dominicano que se alistó porque quería mejorar su calidad de vida —«Por creer en el sueño americano ahora sufro la pesadilla iraquí» (p. 313)—, un Soldado dispuesto a combatir contra el «fascismo islámico», y un Sargento machista y depredador que estuvo en Bosnia, Macedonia y Afganistán haciendo «turismo bélico de calidad» (p. 299), se sienten imbuidos de la misión de derrocar el mal en la que consideran una guerra justa. López Llera, que se ha



documentado profusamente, utiliza abundantes referencias históricas, políticas y religiosas, y construye unos diálogos expresivos y enormemente eficaces, aderezados con oportunas citas literarias, especialmente de poetas iraquíes, así como expresiones procedentes de discursos presidenciales y de la actualidad periodística, lemas pacifistas —«No blood for oil»— y consignas de Sadam Husein gritadas por un loro muy valleinclanesco, entre otros muchos recursos.

Las tres obras muestran un profundo compromiso social y humano — más que político en un sentido partidista o panfletario—, y apuestan por personajes vitalistas y revolucionarios. El común denominador es la dimensión política del miedo, con derivas existenciales y neurológicas. *Panic*, de Alfonso Vallejo, muestra el miedo a la soledad, la desmaterialización y la angustia, a través de un individuo que ha perdido la secuencia de los acontecimientos y distorsiona una realidad infame e incognoscible. En *No perdáis este tren*, de Luis Araújo, una madre se implica, con su hijo, en la lucha revolucionaria porque quiere conocer la verdad, unida —como en Gorki— a la razón y al afán de instruir; para ello deberá superar el miedo. En *Bagdad, ciudad del miedo (Tragedia preventiva)*, César López Llera nos sitúa en el escenario de las contiendas y muestra la postura fuerte y valiente de unos personajes que ya no tienen nada que perder: «¿Miedo a que nos maten? ¿Para qué van a matarnos si ya estamos muertos?» (p. 292). Hay en estas piezas, rebosantes de talento y riesgo artístico, mucho de redención catártica, y una rica elaboración literaria que alcanza gran variedad de tonos y registros.

